



G. K. Chesterton

El Hombre  
Invisible

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **EL HOMBRE INVISIBLE**

**G. K. CHESTERTON**

**PUBLICADO: 1911**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA  
ORIGEN: [EN.WIKISOURCE.ORG](http://EN.WIKISOURCE.ORG)**

## EL HOMBRE INVISIBLE

En el fresco crepúsculo azul de dos empinadas calles en Camden Town, la tienda en la esquina, una confitería, brillaba como la brasa de un cigarro. Quizás sería mejor decir que brillaba como la brasa de un fuego artificial, pues la luz era de muchos colores y de cierta complejidad, reflejada en múltiples espejos y danzando sobre muchos pasteles dorados y galletas decoradas. Contra ese cristal ardiente se aplastaban las narices de muchos pilluelos, pues los chocolates estaban envueltos en esos colores metálicos rojos, dorados y verdes que son casi mejores que el mismo chocolate; y el enorme pastel de bodas blanco en la ventana era de algún modo remoto y satisfactorio, como si todo el Polo Norte fuera comestible. Semejantes provocaciones multicolores podían naturalmente atraer a la juventud del barrio hasta los diez o doce años. Pero esta esquina también era atractiva para la juventud en una etapa posterior; y un joven, no menor de veinticuatro años, estaba mirando la misma vitrina. Para él, también, la tienda tenía un encanto ardiente, aunque esta atracción no se podía explicar completamente por los chocolates, los cuales, sin embargo, no despreciaba en absoluto.

Era un joven alto, corpulento y pelirrojo, con un rostro resuelto pero de modales indiferentes. Llevaba bajo el brazo una carpeta plana y gris de bocetos en blanco y negro, que había vendido con más o menos éxito a editores desde que su tío (que era almirante) lo desheredó por ser socialista, debido a una conferencia que había dado en contra de esa teoría económica. Su nombre era John Turnbull Angus.

Finalmente, entró y caminó a través de la confitería hasta el cuarto trasero, que era una especie de restaurante de pastelería, simplemente levantando su sombrero hacia la joven que estaba atendiendo allí. Ella era una chica oscura, elegante, alerta, vestida de negro, con un colorido rostro y unos ojos muy rápidos y oscuros; y tras el intervalo habitual, lo siguió al interior para tomar su pedido.

Su pedido evidentemente era el habitual. —Quiero, por favor — dijo con precisión—, un bollo de medio penique y una taza pequeña

de café negro. Un instante antes de que la chica pudiera darse la vuelta, añadió—: Además, quiero que te cases conmigo.

La joven de la tienda se puso rígida de repente y dijo: —Esos son chistes que no permito.

El joven pelirrojo levantó unos ojos grises de una gravedad inesperada.

—De verdad y sinceramente —dijo—, es tan serio como el bollo de medio penique. Es caro, como el bollo; se paga por ello. Es indigesto, como el bollo. Duele.

La joven de ojos oscuros no había apartado su mirada de él, pero parecía estar estudiándolo con una exactitud casi trágica. Al final de su escrutinio, tuvo algo parecido a la sombra de una sonrisa, y se sentó en una silla.

—¿No crees —observó Angus, distraídamente— que es algo cruel comer estos bollos de medio penique? Podrían crecer y convertirse en bollos de un penique. Abandonaré estos deportes brutales cuando estemos casados.

La joven oscura se levantó de su silla y caminó hacia la ventana, evidentemente en un estado de fuerte pero no antipática cogitación. Cuando finalmente se dio la vuelta con aire de resolución, se sorprendió al ver que el joven estaba disponiendo cuidadosamente varios objetos de la vitrina sobre la mesa. Incluían una pirámide de caramelos de colores brillantes, varios platos de sándwiches, y las dos garrafas que contenían ese misterioso jerez y oporto que son peculiares de las pastelerías. En medio de esta ordenada disposición, había colocado cuidadosamente la enorme carga de pastel blanco azucarado que había sido el gran ornamento de la ventana.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó ella.

—Deber, querida Laura —empezó él.

—Oh, por el amor de Dios, para un minuto —exclamó ella—, y no me hables de esa manera. Quiero decir, ¿qué es todo esto?

—Una comida ceremonial, señorita Hope.

—¿Y qué es eso? —preguntó ella impacientemente, señalando la montaña de azúcar.

—El pastel de bodas, señora Angus —dijo él.

La chica marchó hacia ese artículo, lo retiró con algo de ruido y lo devolvió a la vitrina de la tienda; luego regresó y, poniendo sus elegantes codos sobre la mesa, miró al joven no desfavorablemente pero con considerable exasperación.

—No me das tiempo para pensar —dijo ella.

—No soy tan tonto —respondió él—; esa es mi humildad cristiana.

Ella seguía mirándolo; pero se había vuelto considerablemente más seria detrás de la sonrisa.

—Señor Angus —dijo firmemente—, antes de que haya un minuto más de esta tontería, debo decirle algo sobre mí tan brevemente como pueda.

—Encantado —replicó Angus con gravedad—. Podrías decirme algo sobre mí también, mientras estás en ello.

—Oh, cierra la boca y escucha —dijo ella—. No es nada de lo que me avergüence, y ni siquiera es algo de lo que esté especialmente apenada. Pero ¿qué dirías si hubiera algo que no es asunto mío y, sin embargo, es mi pesadilla?

—En ese caso —dijo el hombre seriamente—, sugeriría que trajeras de vuelta el pastel.

—Bueno, primero debes escuchar la historia —dijo Laura, persistentemente—. Para empezar, debo decirte que mi padre era dueño de la posada llamada "El Pez Rojo" en Ludbury, y yo solía servir a la gente en el bar.

—Siempre me he preguntado —dijo él—, por qué había una especie de aire cristiano en esta confitería.

—Ludbury es un pequeño y adormecido agujero verde en los condados del este, y las únicas personas que venían al "Pez Rojo" eran ocasionales viajeros comerciales y, por lo demás, las personas más horribles que puedes ver, aunque tú nunca las has visto. Me refiero a pequeños hombres desgarrados que tenían lo justo para vivir y no tenían nada más que hacer que vagar por los bares y apostar en los caballos, con ropa mala que era justo un poco demasiado buena para ellos. Incluso estos jóvenes desdichados no eran muy comunes en nuestra casa; pero había dos de ellos que eran demasiado comunes, en todo sentido. Ambos vivían de dinero propio y eran insoportablemente ociosos y demasiado vestidos. Pero aún así, sentía un

poco de lástima por ellos, porque medio creía que se escabullían a nuestro pequeño y vacío bar porque cada uno de ellos tenía una leve deformidad; el tipo de cosa de la que algunos palurdos se ríen. No era exactamente una deformidad tampoco; era más una rareza. Uno de ellos era sorprendentemente pequeño, algo parecido a un enano, o al menos como un jockey. No parecía nada jockey, sin embargo; tenía una cabeza redonda y negra y una barba negra bien recortada, ojos brillantes como los de un pájaro; hacía sonar el dinero en sus bolsillos; tintineaba una gran cadena de reloj de oro; y nunca aparecía excepto vestido demasiado como un caballero para ser uno. No era tonto, aunque un inútil ocioso; era curiosamente hábil en todo tipo de cosas que no podían ser de la menor utilidad; una especie de trucos de prestidigitación; haciendo que quince cerillas se encendieran unas a otras como un verdadero fuego artificial; o cortando un plátano o algo así en una muñeca danzante. Su nombre era Isidore Smythe; y aún puedo verlo, con su pequeña cara oscura, justo llegando al mostrador, haciendo un canguro saltarín con cinco cigarros.

—El otro tipo era más silencioso y más ordinario; pero de alguna manera me asustaba mucho más que el pobre pequeño Smythe. Era muy alto y delgado, y de cabello claro; su nariz tenía un puente alto, y casi podría haber sido apuesto de una manera espectral; pero tenía uno de los estrabismos más espantosos que he visto o escuchado. Cuando te miraba directamente, no sabías dónde estabas, mucho menos a qué estaba mirando él. Me imagino que este tipo de desfiguración amargaba un poco al pobre tipo; porque mientras Smythe estaba dispuesto a mostrar sus trucos de mono en cualquier lugar, James Welkin (ese era el nombre del hombre bizco) nunca hacía nada excepto empaparse en nuestro bar y salir a grandes caminatas solo por el país plano y gris que nos rodeaba. Aún así, creo que Smythe también era un poco sensible por ser tan pequeño, aunque lo disimulaba más hábilmente. Y así fue como realmente me sorprendí, además de asustarme, y me sentí muy apenada cuando ambos me propusieron matrimonio en la misma semana.

—Bueno, hice lo que desde entonces he pensado que fue quizás una tontería. Pero, después de todo, estos bichos raros eran mis

amigos en cierto modo; y tenía horror de que pensaran que los rechazaba por la verdadera razón, que era que eran tan horriblemente feos. Así que inventé alguna excusa de otro tipo, sobre nunca querer casarme con alguien que no hubiera labrado su camino en el mundo. Dije que era un punto de principio para mí no vivir de dinero que simplemente se heredaba, como el de ellos. Dos días después de haber hablado de esta manera bien intencionada, empezó todo el problema. Lo primero que escuché fue que ambos se habían ido a buscar sus fortunas, como si estuvieran en algún cuento de hadas tonto.

—Bueno, nunca he visto a ninguno de los dos desde ese día hasta hoy. Pero he recibido dos cartas del pequeño hombre llamado Smythe, y realmente fueron bastante emocionantes.

—¿Alguna vez oíste del otro hombre? —preguntó Angus.

—No, nunca escribió —dijo la chica, después de un instante de vacilación—. La primera carta de Smythe fue simplemente para decir que había empezado a caminar con Welkin hacia Londres; pero Welkin era tan buen caminante que el pequeño hombre se quedó atrás, y se tomó un descanso al borde del camino. Por casualidad, fue recogido por un espectáculo itinerante y, en parte porque era casi un enano y en parte porque realmente era un pequeño diablillo hábil, le fue bastante bien en el mundo del espectáculo, y pronto fue enviado al Acuario para hacer algunos trucos que ahora olvido. Esa fue su primera carta. La segunda fue mucho más sorprendente, y la recibí la semana pasada.

El hombre llamado Angus vació su taza de café y la miró con ojos suaves y pacientes. Su propia boca tomó una ligera curva de risa mientras reanudaba: —Supongo que has visto en las carteleras todo acerca de este 'Servicio Silencioso de Smythe'? O debes ser la única persona que no lo ha visto. Oh, no sé mucho al respecto, es algún invento mecánico para hacer todo el trabajo doméstico con maquinaria. Ya sabes el tipo de cosa: 'Presiona un botón—Un mayordomo que nunca bebe'. 'Gira una manivela—Diez doncellas que nunca coquetean'. Debes haber visto los anuncios. Bueno, sean lo que sean estas máquinas, están haciendo montones de dinero; y lo están haciendo todo para ese pequeño diablillo que conocí en Lud-

bury. No puedo evitar sentirme contenta de que el pobre pequeño haya tenido suerte; pero la pura verdad es que estoy aterrada de que aparezca en cualquier momento y me diga que ha labrado su camino en el mundo, como ciertamente ha hecho.

—¿Y el otro hombre? —repitió Angus con una especie de quietud obstinada.

Laura Hope se levantó de repente. —Amigo mío —dijo ella—, creo que eres un brujo. Sí, tienes toda la razón. No he visto una línea de la escritura del otro hombre; y no tengo más idea que los muertos de qué o dónde está. Pero es de él de quien tengo miedo. Es él quien está por todo mi camino. Es él quien casi me ha vuelto loca. De hecho, creo que me ha vuelto loca; porque lo he sentido donde no podría haber estado, y he escuchado su voz cuando no podría haber hablado.

—Bueno, querida —dijo el joven, alegremente—, si fuera el mismo Satanás, está acabado ahora que se lo has contado a alguien. Uno se vuelve loco solo, chica. Pero ¿cuándo fue que imaginaste que sentiste y escuchaste a nuestro amigo bizco?

—Escuché reír a James Welkin tan claramente como te oigo hablar —dijo la chica, firmemente—. No había nadie allí, pues estaba justo afuera de la tienda en la esquina y podía ver las dos calles a la vez. Había olvidado cómo reía, aunque su risa era tan extraña como su bizco. No había pensado en él durante casi un año. Pero es una verdad solemne que unos segundos después llegó la primera carta de su rival.

—¿Alguna vez hiciste que el espectro hablara o chillara, o algo así? —preguntó Angus, con cierto interés.

Laura se estremeció repentinamente y luego dijo, con una voz firme: —Sí. Justo cuando terminé de leer la segunda carta de Isidore Smythe anunciando su éxito, en ese momento, escuché a Welkin decir: "Pero él no te tendrá". Fue muy claro, como si estuviera en la habitación. Es terrible; creo que debo estar loca.

—Si realmente estuvieras loca —dijo el joven—, pensarías que debes estar cuerda. Pero ciertamente me parece que hay algo un poco extraño acerca de este caballero invisible. Dos cabezas piensan mejor que una; te ahorro las alusiones a cualquier otro órgano, y

realmente, si me permites, como hombre robusto y práctico, traer de vuelta el pastel de bodas de la ventana...

Incluso mientras hablaba, hubo una especie de chillido metálico en la calle afuera, y un pequeño motor, conducido a una velocidad endiablada, se detuvo en la puerta de la tienda y se quedó allí. En el mismo instante, un hombre pequeño con un sombrero de copa brillante estaba estampando en la habitación exterior.

Angus, que hasta entonces había mantenido una facilidad hilarante por motivos de higiene mental, reveló la tensión de su alma al salir bruscamente de la habitación interior y enfrentarse al recién llegado. Una mirada fue suficiente para confirmar las salvajes conjeturas de un hombre enamorado. Esta figura muy pulcra pero enana, con la punta de la barba negra llevada con insolencia hacia adelante, los ojos inteligentes e inquietos, los dedos pulcros pero muy nerviosos, no podían ser otros que el hombre recién descrito: Isidore Smythe, que hacía muñecos con cáscaras de plátano y cajas de fósforos; Isidore Smythe, que hacía millones con mayordomos que no bebían y sirvientas de metal que no coqueteaban. Por un momento, los dos hombres, entendiendo instintivamente el aire de posesión del otro, se miraron con esa curiosa frialdad generosa que es el alma de la rivalidad.

El señor Smythe, sin embargo, no hizo ninguna alusión al motivo final de su antagonismo, sino que dijo simplemente y explosivamente: —¿Ha visto la señorita Hope esa cosa en la ventana?

—¿En la ventana? —repitió el atónito Angus.

—No hay tiempo para explicar otras cosas —dijo el pequeño millonario, secamente—. Hay alguna tontería aquí que debe ser investigada.

Apuntó con su pulido bastón hacia la ventana, recientemente vaciada por los preparativos nupciales del señor Angus; y ese caballero se asombró al ver a lo largo del frente del cristal una larga tira de papel pegada, que ciertamente no había estado en la ventana cuando la miró algún tiempo antes. Siguiendo al enérgico Smythe hacia la calle, descubrió que alrededor de metro y medio de papel de estampillas había sido cuidadosamente pegado a lo largo del cristal

por fuera, y en él estaba escrito con caracteres desgarrados: "Si te casas con Smythe, morirá".

—Laura —dijo Angus, asomando su gran cabeza roja en la tienda —, no estás loca.

—Es la letra de ese tipo Welkin —dijo Smythe con brusquedad—. No lo he visto en años, pero siempre me está molestando. Cinco veces en la última quincena ha dejado cartas amenazantes en mi apartamento, y no puedo siquiera averiguar quién las deja, ni hablar de si es Welkin mismo. El portero de los apartamentos jura que no se han visto personajes sospechosos, y aquí ha pegado una especie de zócalo en la ventana de una tienda pública, mientras la gente en la tienda...

—Exactamente —dijo Angus modestamente—, mientras la gente en la tienda tomaba té. Bueno, señor, puedo asegurarle que aprecio su sentido común al tratar tan directamente con el asunto. Podemos hablar de otras cosas después. El tipo no puede estar muy lejos aún, porque juro que no había papel allí cuando fui por última vez a la ventana, hace diez o quince minutos. Por otro lado, está demasiado lejos para ser perseguido, ya que ni siquiera sabemos la dirección. Si acepta mi consejo, señor Smythe, pondrá esto de inmediato en manos de un investigador enérgico, privado más que público. Conozco a un tipo extremadamente inteligente, que ha establecido su negocio a cinco minutos de aquí en su coche. Se llama Flambeau, y aunque su juventud fue un poco tormentosa, ahora es un hombre estrictamente honesto, y su cerebro vale dinero. Vive en los Apartamentos Lucknow, en Hampstead.

—Eso es curioso —dijo el hombrecito, arqueando sus cejas negras—. Yo mismo vivo en los Apartamentos Himylaya, a la vuelta de la esquina. Quizás le gustaría acompañarme; puedo ir a mis habitaciones y ordenar estos documentos extraños de Welkin, mientras usted va a buscar a su amigo, el detective.

—Es usted muy amable —dijo Angus educadamente—. Bueno, cuanto antes actuemos, mejor.

Ambos hombres, con una especie de equidad improvisada, se despidieron formalmente de la dama, y ambos saltaron al pequeño coche ágil. Mientras Smythe tomaba el volante y giraban la gran es-

quina de la calle, Angus se divirtió al ver un gigantesco cartel de "El Servicio Silencioso de Smythe", con una imagen de una enorme muñeca de hierro sin cabeza, llevando una cacerola con la leyenda: "Una cocinera que nunca se enfada".

—Los uso en mi propio apartamento —dijo el hombrecito de barba negra, riendo—, en parte para publicidad, y en parte por conveniencia real. Honestamente, y de manera totalmente transparente, esas grandes muñecas de reloj hacen que te traigan el carbón o el clarete o un horario más rápido que cualquier sirviente en vivo que haya conocido, si sabes qué botón presionar. Pero nunca negaré, entre nosotros, que tales sirvientes también tienen sus desventajas.

—¿De veras? —dijo Angus—. ¿Hay algo que no puedan hacer?

—Sí —respondió Smythe con frialdad—; no pueden decirme quién dejó esas cartas amenazantes en mi apartamento.

El motor del hombre era pequeño y rápido como él mismo; de hecho, como su servicio doméstico, era de su propia invención. Si era un charlatán publicitario, era uno que creía en sus propios productos. La sensación de algo diminuto y volador se acentuaba mientras subían por largas curvas blancas de carretera en el muerto pero abierto atardecer. Pronto, las curvas blancas se hicieron más agudas y vertiginosas; estaban en espirales ascendentes, como se dice en las religiones modernas. Pues, en verdad, estaban coronando una esquina de Londres que es casi tan empinada como Edimburgo, si no tan pintoresca. Las terrazas se elevaban una sobre otra, y la torre especial de apartamentos que buscaban, se elevaba sobre todas ellas hasta una altura casi egipcia, dorada por el sol poniente. El cambio, al doblar la esquina y entrar en la media luna conocida como los Apartamentos Himylaya, fue tan abrupto como la apertura de una ventana; porque encontraron esa pila de apartamentos sentada sobre Londres como sobre un mar verde de pizarra. Frente a los apartamentos, al otro lado de la media luna de grava, había un recinto frondoso más parecido a un seto empinado o un dique que a un jardín, y algo más abajo de eso corría una franja de agua artificial, una especie de canal, como el foso de esa fortaleza arbolada. Mientras el coche daba la vuelta a la media luna, pasó, en una esquina, el puesto de un hombre vendiendo castañas; y al otro extre-

mo de la curva, Angus pudo ver a un policía azul oscuro caminando lentamente. Estas eran las únicas figuras humanas en esa alta soledad suburbana; pero tenía una sensación irracional de que expresaban la poesía muda de Londres. Sentía como si fueran figuras en una historia.

El pequeño coche se detuvo en la casa correcta como una bala, y lanzó a su dueño como una bomba. Inmediatamente estaba inquiriendo de un alto comisionado de reluciente uniforme y un portero bajo en mangas de camisa, si alguien o algo había estado buscando sus apartamentos. Le aseguraron que nadie y nada había pasado por esos oficiales desde sus últimas averiguaciones; dondeupon él y el ligeramente desconcertado Angus fueron lanzados en el ascensor como un cohete, hasta que llegaron al último piso.

—Sólo entra un minuto —dijo el agitado Smythe—. Quiero mostrarte esas cartas de Welkin. Luego podrías ir a buscar a tu amigo.

Presionó un botón oculto en la pared, y la puerta se abrió por sí sola.

Se abrió a un largo y espacioso vestíbulo, cuyas únicas características llamativas, en circunstancias ordinarias, eran las filas de altas figuras mecánicas semi-humanas que estaban a ambos lados como maniqués de sastre. Como maniqués de sastre, no tenían cabeza; y como maniqués de sastre, tenían una elegante pero innecesaria protuberancia en los hombros y una prominencia de pecho; pero aparte de esto, no se parecían mucho más a una figura humana que cualquier máquina automática en una estación de tren que tenga la altura humana. Tenían dos grandes ganchos como

brazos, para llevar bandejas; y estaban pintados de verde guisante, bermellón o negro para conveniencia de distinción; en todos los demás aspectos, eran solo máquinas automáticas y nadie los habría mirado dos veces. En esta ocasión, al menos, nadie lo hizo. Pues entre las dos filas de estos maniqués domésticos había algo más interesante que la mayoría de las mecánicas del mundo. Era un trozo de papel blanco, andrajoso, garabateado con tinta roja; y el ágil inventor lo había recogido casi tan pronto como la puerta se abrió. Se lo entregó a Angus sin decir palabra. La tinta roja en él no estaba

realmente seca, y el mensaje decía: "Si has estado a verla hoy, te mataré".

Hubo un corto silencio, y luego Isidore Smythe dijo tranquilamente: —¿Te gustaría un poco de whisky? Yo más bien siento como si lo necesitara.

—Gracias; me gustaría un poco de Flambeau —dijo Angus, sombríamente—. Este asunto me parece estar poniéndose bastante grave. Iré inmediatamente a buscarlo.

—Está bien —dijo el otro, con admirable buen humor—. Tráelo aquí lo más rápido que puedas.

Pero mientras Angus cerraba la puerta principal detrás de él, vio a Smythe presionar un botón, y una de las imágenes mecánicas se deslizó de su lugar y se desplazó a lo largo de una ranura en el suelo, llevando una bandeja con sifón y decantador. Había algo un poco extraño en dejar al hombrecito solo entre esos sirvientes muertos, que cobraban vida mientras la puerta se cerraba.

Seis escalones abajo del rellano de Smythe, el hombre en mangas de camisa estaba haciendo algo con un cubo. Angus se detuvo para extraer una promesa, fortificada con un soborno prospectivo, de que permanecería en ese lugar hasta el regreso con el detective, y llevaría la cuenta de cualquier tipo de extraño que subiera esas escaleras. Bajando rápidamente al vestíbulo, luego impuso similares encargos de vigilancia en el comisionado de la puerta principal, de quien se enteró de la simplificadora circunstancia de que no había puerta trasera. No contento con esto, capturó al policía errante e indujo a que se parara frente a la entrada y la vigilara; y finalmente se detuvo un instante para comprar un penique de castañas y hacer una consulta sobre la probable duración de la estancia del comerciante en el vecindario.

El vendedor de castañas, subiendo el cuello de su abrigo, le dijo que probablemente se movería pronto, ya que creía que iba a nevar. De hecho, la tarde se estaba volviendo gris y amarga, pero Angus, con toda su elocuencia, procedió a clavar al hombre de las castañas en su puesto.

—Mantente caliente con tus propias castañas —dijo con seriedad—. Come todo tu stock; haré que valga la pena. Te daré una libra si

esperas aquí hasta que regrese, y luego me dices si algún hombre, mujer o niño ha entrado en esa casa donde está el comisionado.

Luego se alejó rápidamente, con una última mirada a la torre sitiada.

—De todas formas, he hecho un círculo alrededor de esa habitación —dijo—. No pueden ser todos ellos cómplices de Welkin.

Los Apartamentos Lucknow estaban, por así decirlo, en una plataforma más baja de esa colina de casas, de las cuales los Apartamentos Himylaya podrían llamarse la cima. El apartamento semi-oficial de Flambeau estaba en la planta baja, y presentaba en todos los sentidos un marcado contraste con la maquinaria estadounidense y el frío lujo de hotel del apartamento del Servicio Silencioso. Flambeau, que era amigo de Angus, lo recibió en un antro artístico rococó detrás de su oficina, cuyos adornos eran sables, arcabuces, curiosidades orientales, frascos de vino italiano, ollas salvajes, un plácido gato persa, y un pequeño sacerdote católico polvoriento, que parecía particularmente fuera de lugar.

—Este es mi amigo el Padre Brown —dijo Flambeau—. Siempre he querido que lo conocieras. Tiempo espléndido, este; un poco frío para los sureños como yo.

—Sí, creo que se mantendrá despejado —dijo Angus, sentándose en un otomano oriental de rayas violetas.

—No —dijo el sacerdote tranquilamente—, ha comenzado a nevar.

Y, de hecho, mientras hablaba, los primeros copos, previstos por el hombre de las castañas, comenzaron a cruzar la ventana oscurecida.

—Bueno —dijo Angus pesadamente—. Me temo que he venido por asuntos, y asuntos bastante inquietantes. El hecho es, Flambeau, que a un tiro de piedra de tu casa hay un tipo que necesita urgentemente tu ayuda; está perpetuamente acosado y amenazado por un enemigo invisible, un canalla a quien nadie ha visto jamás.

Mientras Angus procedía a contar toda la historia de Smythe y Welkin, comenzando con la historia de Laura, y continuando con la suya, la risa sobrenatural en la esquina de dos calles vacías, las extrañas palabras distintas habladas en una habitación vacía, Flam-

beau se mostró cada vez más vivamente interesado, y el pequeño sacerdote parecía quedar al margen, como un mueble. Cuando llegó al papel de estampillas garabateado pegado en la ventana, Flambeau se levantó, pareciendo llenar la habitación con sus enormes hombros.

—Si no te importa —dijo—, creo que será mejor que me cuentes el resto en el camino más cercano a la casa de este hombre. De alguna manera, me parece que no hay tiempo que perder.

—Encantado —dijo Angus, levantándose también—, aunque está a salvo por ahora, porque he puesto a cuatro hombres a vigilar la única entrada a su madriguera.

Salieron a la calle, el pequeño sacerdote trotando tras ellos con la docilidad de un pequeño perro. Simplemente dijo, de manera alegre, como alguien que hace conversación: —Qué rápido se acumula la nieve en el suelo.

Mientras recorrían las empinadas calles laterales ya polvoreadas de plata, Angus terminó su historia; y para cuando llegaron a la media luna con los altos apartamentos, tuvo tiempo de prestar atención a los cuatro centinelas. El vendedor de castañas, tanto antes como después de recibir una libra, juró obstinadamente que había vigilado la puerta y no había visto entrar a ningún visitante. El policía fue aún más enfático. Dijo que tenía experiencia con todo tipo de delincuentes, con sombreros de copa y con harapos; no era tan ingenuo como para esperar que los personajes sospechosos parecieran sospechosos; vigilaba a cualquiera, y que, Dios lo ayudara, no había habido nadie. Y cuando los tres hombres se reunieron alrededor del dorado comisionado, que todavía sonreía de pie en la entrada, el veredicto fue aún más concluyente.

—Tengo derecho a preguntar a cualquier hombre, duque o barrendero, qué quiere en estos apartamentos —dijo el gigante genial y con ribetes dorados—, y juro que no ha habido nadie a quien preguntar desde que este caballero se fue.

El poco importante Padre Brown, que se mantenía detrás, mirando modestamente el pavimento, se aventuró a decir humildemente: —Entonces, ¿nadie ha subido y bajado las escaleras desde que co-

menzó a nevar? Comenzó mientras estábamos todos en casa de Flambeau.

—Nadie ha entrado aquí, señor, puede creerme —dijo el oficial, con una autoridad radiante.

—Entonces me pregunto qué es eso —dijo el sacerdote, y miró al suelo en blanco, como un pez.

Los demás también miraron hacia abajo; y Flambeau soltó una exclamación feroz y un gesto francés. Porque era incuestionablemente cierto que por el medio de la entrada guardada por el hombre con encajes dorados, justo entre las arrogantes piernas estiradas de ese coloso, corría un patrón de huellas grises estampadas sobre la nieve blanca.

—¡Dios! —exclamó Angus involuntariamente—, ¡el Hombre Invisible!

Sin decir una palabra más, se dio la vuelta y corrió escaleras arriba, seguido por Flambeau; pero el Padre Brown permaneció aún mirando a su alrededor en la calle cubierta de nieve, como si hubiera perdido interés en su consulta.

Flambeau estaba claramente en un estado de ánimo para derribar la puerta con sus grandes hombros; pero el escocés, con más razón, aunque menos intuición, tanteó en el marco de la puerta hasta encontrar el botón invisible; y la puerta se abrió lentamente.

Mostró sustancialmente el mismo interior en fila; el vestíbulo se había oscurecido, aunque aún estaba iluminado aquí y allá con los últimos rayos carmesí del atardecer, y una o dos de las máquinas sin cabeza se habían movido de sus lugares para este o aquel propósito, y estaban aquí y allá en el lugar en penumbra. El verde y rojo de sus abrigos se habían oscurecido en el crepúsculo; y su semejanza con formas humanas se incrementaba ligeramente por su misma falta de forma. Pero en medio de todos ellos, exactamente donde el papel con la tinta roja había estado, había algo que parecía tinta roja derramada de su botella. Pero no era tinta roja.

Con una combinación francesa de razón y violencia, Flambeau simplemente dijo —¡Asesinato!— y, sumergiéndose en el apartamento, exploró cada rincón y armario en cinco minutos. Pero si esperaba encontrar un cadáver, no encontró ninguno. Isidore Smythe

no estaba en el lugar, ni muerto ni vivo. Después de la búsqueda más frenética, los dos hombres se encontraron en el vestíbulo exterior, con rostros sudorosos y ojos desorbitados. —Amigo mío —dijo Flambeau, hablando en francés en su excitación—, no solo tu asesino es invisible, sino que también hace invisible al hombre asesinado.

Angus miró alrededor en la habitación oscura llena de maniqués, y en algún rincón celta de su alma escocesa comenzó un estremecimiento. Uno de los muñecos de tamaño natural se encontraba inmediatamente sobre la mancha de sangre, convocado, tal vez, por el hombre asesinado un instante antes de caer. Uno de los ganchos altos que le servían de brazos estaba un poco levantado, y Angus tuvo de repente la horrible fantasía de que el propio hijo de hierro de Smythe lo había golpeado. La materia se había rebelado, y estas máquinas habían matado a su amo. Pero aun así, ¿qué habían hecho con él?

—¿Se lo comieron? —dijo la pesadilla en su oído; y se sintió enfermo por un instante ante la idea de restos humanos desgarrados, absorbidos y triturados en todo ese mecanismo sin cabeza.

Recuperó su salud mental con un esfuerzo enfático, y le dijo a Flambeau: —Bueno, ahí está. El pobre tipo se ha evaporado como una nube y ha dejado una franja roja en el suelo. La historia no pertenece a este mundo.

—Solo hay una cosa que hacer —dijo Flambeau—, pertenezca a este mundo o al otro. Debo bajar y hablar con mi amigo.

Descendieron, pasando junto al hombre con el cubo, quien nuevamente afirmó que no había dejado pasar a ningún intruso, hasta llegar al comisionado y al vendedor de castañas flotante, quienes reafirmaron rígidamente su propia vigilancia. Pero cuando Angus buscó su cuarta confirmación, no pudo verla, y llamó con cierta nerviosidad: —¿Dónde está el policía?

—Perdóneme —dijo el Padre Brown—, eso es culpa mía. Lo envié por la carretera para investigar algo que pensé que valía la pena investigar.

—Bueno, lo necesitamos de vuelta pronto —dijo Angus abruptamente—, porque el desdichado hombre de arriba no solo ha sido

asesinado, sino borrado del mapa.

—¿Cómo? —preguntó el sacerdote.

—Padre —dijo Flambeau, después de una pausa—, en mi alma creo que esto está más en su departamento que en el mío. Ningún amigo o enemigo ha entrado en la casa, pero Smythe ha desaparecido, como si lo hubieran robado las hadas. Si eso no es sobrenatural, yo...

Mientras hablaba, todos quedaron detenidos por una vista inusual; el gran policía azul dobló la esquina de la media luna, corriendo. Se acercó directamente a Brown.

—Tiene razón, señor —jadeó—, acaban de encontrar el cuerpo del pobre señor Smythe en el canal allá abajo.

Angus se llevó la mano salvajemente a la cabeza. —¿Corrió y se ahogó? —preguntó.

—Nunca bajó, lo juro —dijo el agente—, y tampoco se ahogó, porque murió de una gran puñalada en el corazón.

—Y sin embargo, no vio a nadie entrar —dijo Flambeau con voz grave.

—Caminemos un poco por la carretera —dijo el sacerdote.

Al llegar al otro extremo de la media luna, observó abruptamente: —¡Qué tonto soy! Olvidé preguntarle al policía algo. Me pregunto si encontraron un saco marrón claro.

—¿Por qué un saco marrón claro? —preguntó Angus, asombrado.

—Porque si era de cualquier otro color, el caso debe comenzar de nuevo —dijo el Padre Brown—; pero si era un saco marrón claro, bueno, el caso está resuelto.

—Me alegra escucharlo —dijo Angus con irónica sinceridad—. Hasta ahora, no ha comenzado para mí.

—Debe contarnos todo —dijo Flambeau con una extraña y pesada simplicidad, como un niño.

Inconscientemente, estaban caminando con pasos cada vez más rápidos por la larga carretera en el otro lado de la alta media luna, el Padre Brown liderando con rapidez, aunque en silencio. Finalmente dijo con una vaguedad casi conmovedora: —Bueno, me temo que pensarán que es muy prosaico. Siempre comenzamos en el extremo

abstracto de las cosas, y no se puede comenzar esta historia en otro lugar.

—¿Alguna vez has notado esto? Que la gente nunca responde a lo que dices. Responden a lo que quieres decir, o a lo que creen que quieres decir. Supongamos que una dama dice a otra en una casa de campo: '¿Hay alguien hospedado con usted?' La dama no responde 'Sí; el mayordomo, los tres lacayos, la doncella del salón, y así sucesivamente', aunque la doncella esté en la habitación, o el mayordomo detrás de su silla. Ella dice 'No hay nadie hospedado con nosotros', queriendo decir nadie del tipo que tú quieres decir. Pero supongamos que un médico investigando una epidemia pregunta: '¿Quién está hospedado en la casa?' entonces la dama recordará al mayordomo, la doncella, y el resto. Todo el lenguaje se usa así; nunca obtienes una respuesta literal a una pregunta, incluso cuando obtienes una respuesta verdadera. Cuando esos cuatro hombres honestos dijeron que ningún hombre había entrado en los Mansions, no querían decir realmente que ningún hombre había entrado en ellos. Querían decir ningún hombre a quien pudieran sospechar de ser tu hombre. Un hombre sí entró en la casa y sí salió de ella, pero ellos nunca lo notaron.

—¿Un hombre invisible? —preguntó Angus, levantando sus cejas rojas.

—Un hombre mentalmente invisible —dijo el Padre Brown.

Un minuto o dos después, reanudó con la misma voz modesta, como un hombre que piensa en voz alta. —Por supuesto, no puedes pensar en un hombre así, hasta que piensas en él. Ahí es donde entra su astucia. Pero comencé a pensar en él por dos o tres pequeñas cosas en la historia que nos contó el señor Angus. Primero, estaba el hecho de que este Welkin daba largos paseos. Y luego estaba la gran cantidad de papel de estampillas en la ventana. Y luego, sobre todo, estaban las dos cosas que dijo la joven, cosas que no podían ser verdad. No te enojas —añadió apresuradamente, notando un movimiento repentino de la cabeza del escocés—, ella pensó que eran verdad, pero no podían ser verdad. Una persona no puede estar completamente sola en una calle un segundo antes de recibir una carta. No puede estar completamente sola en una calle cuando

empieza a leer una carta recién recibida. Debe haber alguien bastante cerca de ella; debe ser mentalmente invisible.

—¿Por qué debe haber alguien cerca de ella? —preguntó Angus.

—Porque —dijo el Padre Brown—, descartando las palomas mensajeras, alguien debe haberle traído la carta.

—¿De verdad quiere decir —preguntó Flambeau con energía— que Welkin llevaba las cartas de su rival a su dama?

—Sí —dijo el sacerdote—. Welkin llevaba las cartas de su rival a su dama. Verás, tenía que hacerlo.

—Oh, no puedo soportar mucho más de esto —exclamó Flambeau—. ¿Quién es este tipo? ¿Cómo se ve? ¿Cuál es el aspecto habitual de un hombre mentalmente invisible?

—Está vestido bastante elegantemente de rojo, azul y dorado —respondió el sacerdote con precisión— y con este traje llamativo, y hasta ostentoso, entró en los Apartamentos Himylaya bajo ocho ojos humanos; mató a Smythe a sangre fría, y salió a la calle de nuevo llevando el cadáver en sus brazos...

—Reverendo señor —exclamó Angus, deteniéndose—, ¿está usted loco, o lo estoy yo?

—No estás loco —dijo Brown—, solo un poco distraído. No has notado a un hombre como este, por ejemplo.

Dio tres rápidos pasos adelante y puso su mano en el hombro de un cartero que pasaba inadvertido bajo la sombra de los árboles.

—Nadie nota a los carteros de alguna manera —dijo pensativo—; sin embargo, tienen pasiones como otros hombres, e incluso llevan grandes bolsas donde un pequeño cadáver puede ser guardado bastante fácilmente.

El cartero, en lugar de girarse naturalmente, se agachó y tropezó contra la cerca del jardín. Era un hombre delgado, de barba rubia, de apariencia muy ordinaria, pero al girar un rostro alarmado por encima de su hombro, los tres hombres quedaron fijados con un estrabismo casi diabólico.



*«Puso la mano en el hombro de un cartero que pasaba por allí»*

Flambeau volvió a sus sables, alfombras púrpuras y gato persa, teniendo muchas cosas que atender.

John Turnbull Angus volvió con la dama de la tienda, con la que ese imprudente joven se las arregla para estar extremadamente cómodo. Pero el Padre Brown caminó por esas colinas cubiertas de nieve bajo las estrellas durante muchas horas con un asesino, y lo que se dijeron el uno al otro nunca se sabrá.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**